

Una universidad para el nuevo milenio

En un imponente gesto de generosidad, mi tío me regaló hace poco una colección de estampillas que guardaba celosamente desde los tiempos de la Segunda República. Cada estampilla se adquiría comprando una onza de Chocolates Lloret, marca *El Barco*, de Villajoyosa, e ilustraba un acontecimiento de la historia reciente. Así decía el texto de la estampilla número 14: «En Madrid, y aún en el resto de España, las juventudes universitarias se manifiestan como amigas de la libertad, pero la policía, al servicio de la monarquía, les ataca sin respetar siquiera los hospitales. Un movimiento de protesta general secunda la actitud de los estudiantes, y los intelectuales hacen causa común con los mismos. Poco a poco se va afirmando en toda la nación el sentido republicano. Y de todas la universidades surge la protesta viril, que, desde el primer momento se traduce en la destrucción de los retratos que simbolizan la reacción y el despotismo. La sangre derramada hará fructificar la Revolución».

Dejando de lado el inconveniente debate político, me asombró el contraste entre aquel espíritu dialéctico de los universitarios del año 1931 y la nula capacidad de implicación de los homólogos contemporáneos. El destino ha querido que yo sea uno de ellos y, como seguramente participo en algún aspecto clínico de nuestra magnífica enfermedad, me permito el beneficio de resumir en cinco las circunstancias que provocan que las cosas sean como son.

Primero. Los responsables gubernamentales a escala nacional y regional, y los propios equipos rectorales, se mueven más por intereses de imagen y bajo la presión circunstancial de los corporativismos, que en virtud de políticas dirigidas hacia los problemas y carencias reales de la institución. Como los corporativismos están atomizados, las fricciones adquieren tal multiplicidad que las decisiones o se retrasan o simplemente nunca se toman. La preocupación por la imagen explicaría la ansiedad en la captación de nuevas titulaciones, la ocupación de espacios en los medios de comunicación, la grandilocuencia de los actos de apertura de curso, las encuestas y el uso de indicadores estadísticos para evaluar la calidad de las universidades.

Segundo. Las funciones del personal universitario no están delimitadas ni actualizadas a la realidad laboral existente, con la subsiguiente corrupción del sistema y una escandalosa falta de eficacia global, inabarcable en términos económicos. Nadie ocupa el nicho ecológico que la lógica y la ley establecen. Es un escenario habitual ver a los becarios haciendo de técnicos en informática, a los

profesores en formación llevando el peso de la docencia, a los titulares de laborantes, a los catedráticos de contables, a los decanos de vigilantes, a los rectores de jefes de protocolo y a los interventores de rectores. Dado el divorcio entre departamentos y grupos de investigación, buena parte del personal de administración y servicios no sabe reconocer de dónde han de venir las instrucciones. Amén de que la palabra *jerarquía* no está de moda. Finalmente, algunos altos cargos de la gestión universitaria han olvidado que su existencia se debe a la necesidad de cubrir objetivos docentes e investigadores y que están para solucionar burocráticamente los males de origen burocrático, no para hacer acentuar las trabas que derivan de una legislación anacrónica.

Tercero. Nos hemos acostumbrado a un pesimismo brutal en la vida universitaria. Quizá esto se deba a la devaluación retributiva del profesorado, o al hecho de que los alumnos, cada vez más fiel reflejo de una sociedad saciada donde el esfuerzo se ha convertido en una palabra vacía, parecen componérselas para despertar en el profesor la sensación de estar predicando en el desierto. Pero el problema es más complejo. La selección de profesorado y luego su posible promoción interna, no responden al mérito y a la competitividad. Se estimula y premia la fidelidad, el respeto al ciclo natural de sucesión, la antigüedad, pertenecer a grupos de presión, disponer de tiempo para comentar y escuchar, la transigencia con la incompetencia ajena, un éxito moderado y que no resulte insultante para las generaciones precedentes, la habilidad para encontrar subordinados que trabajen por ti y, desde luego, llevar una vida exterior adecuada. Por contra, el sistema se apresura a reproducir escenarios de tragedia para el transgresor. Y luego están tantos y tantos políticos profesionales que aseguraron saber cómo enderezar la Universidad. Ya ha pasado mucho tiempo como para no sospechar que el Gobierno pretende dejar que la Universidad pública se descomponga en su propio caldo.

Cuarto. La investigación encuentra demasiados obstáculos institucionales para desarrollarse en un marco de creatividad, fluidez y eficacia. El origen de la mayor parte de los fondos de investigación es la iniciativa particular y no remunerada de los propios investigadores, en libre y dura competencia. Sin embargo, aquellos que captan los recursos carecen de asesoramiento adecuado, de personal técnico de apoyo a la investigación, y de agentes comisionados que defiendan la viabilidad de las propuestas en los órganos de financiación. Por añadidura, la concesión de un proyecto impli-

ca una dedicación administrativa que tampoco está retribuida y que, por la estructura del sistema de pagos y control del gasto, supone un enfrentamiento constante con el personal administrativo competente. Finalmente, existe una calculada confusión sobre cuáles son las vías migratorias que describe el dinero una vez que es captado por la universidad.

Quinto. Seguramente por razones de trayectoria biográfica, los ideólogos de la política de investigación en este país exhiben un desconocimiento abrumador de la psicología del investigador. La mayoría pertenecen a ese amplio sector que confunde la investigación con los informes técnicos. Un investigador nunca encontrará respuesta cuando alguien le pregunte por su horario de trabajo. Personalmente encuentro patético que se diga que «hay que hacer más investigación aplicada para responder a la demanda social». ¿Qué es eso de la investigación aplicada? Toda la ciencia es aplicable. Y la investigación es una obsesión inevitable, requiere un esfuerzo que no es gobernable. Es impulso, arte y deseo. Y como decía Gracián, «los deseos entran en la consciencia sin pedir permiso». Todos deberíamos tener derecho a la educación y a ejercer una profesión dignamente remunerada, pero sólo deberían investigar aquellos de vocación acreditada.

Una Universidad más crítica es necesaria para superar el falso concepto de modernización que deriva de la proliferación de teléfonos móviles y shopping centers. Pero el cambio será lento, porque la quintaesencia del universitario es tan compleja como el misterio de la Santísima Trinidad. Por la tarde somos progresistas, de noche experimentamos un terror patológico al cambio, sea cual sea su naturaleza, y a la mañana siguiente el cambio se ha incorporado y asumido. La inercia es, por tanto, el único resumen de nuestra existencia colectiva. Valga pues, mi admiración por una comunidad universitaria que, en los años treinta, parecía querer regular su propio destino. No soy de los que piensan que cualquier tiempo pasado fue mejor. Sé que sólo nos movemos cuando nos impulsan a hacerlo. Pero tengo la firme convicción de que la Universidad puede y debe operar en un estrato más profundo y anterior al cambio social. Las mesas están llenas de informes y los diagnósticos son precisos y seguramente acertados. Sólo falta valor. Por eso, finalizaré aludiendo a mi gurú particular, Fernando Savater, para recordar que «quien no quiera mojarse debe abandonar la natación».

José Sebastián Carrión García
es profesor de la Universidad de Murcia